

wasidsch, al Sur de Mosul; y no solo se le unieron los árabes sino también muchos curdos, que ya en 227 (842) (1) y 231 (846) se habían alzado en armas y lo mismo entonces como hoy todavía, estaban y están siempre á mano en todas ocasiones en que hay probabilidad de robo y pillaje. Así durante la época revuelta de Mo'otás y sus inmediatos sucesores se hizo tan fuerte la secta en aquella provincia, que aun despues de mejorada la situacion en tiempo de Mótamid, no logró imponérsele el enérgico Muwaffak. Fué finalmente vencida por Mótadid en 280-283 (893-896), y desde esta época las aspiraciones separatistas, implantadas ya para siempre en Mosul y su comarca, se desenvuelven en el terreno puramente político.

La causa inmediata del alzamiento promovido por Musawir fué, lo mismo que la de la exaltacion de Hasan en el Tabaristan, un desafuero del primer funcionario del gobierno local. Se comprende desde luego que los delegados de los califas y pretorianos no procederian con mucho mayor tacto que el que se observaba en la capital; sus disposiciones, unas torpes y otras reprobables, eran con harta frecuencia las mas á propósito para promover la explosion de la latente irritacion del pueblo. Ya en el califato de Motasim un motivo parecido ocasionó un peligroso alzamiento. Un soldado habia maltratado á la esposa ó hermana de un tal Abu Harb; éste mató al insolente, huyendo á la montaña para librarse de la persecucion, y comenzó á predicar la guerra contra la impía raza abasida, pretextando ser un descendiente de los omniadas. Porque, lo mismo que Mokanna, se cubria el rostro con un velo, *Borkna*, á usanza de las mujeres, le dieron el nombre de El-Mubarka, «el velado», y fué tal la adhesion que halló entre los yemenitas que Radschá, enviado por Motasim para derrotarle, no se atrevió á atacarle y consideró mas prudente atrincherarse y aguardar que las labores del campo, cuya época estaba ya próxima, obligasen á dispersarse al mayor número de los campesinos que se le habian unido. Aun así costó bastante vencerle y apoderarse de él (227=842). En la Siria septentrional fueron causa particular de grande irritacion las prescripciones de Mutawakkil contra los cristianos, que vivian en gran número en aquellas comarcas, y bastó en 240 (854) una arbitrariedad del lugarteniente en Hims para provocar un levantamiento muy grave, que se reprodujo en 241 (855); y por mas que fué reprimido con toda severidad, poco duró el efecto de ésta, pues que en 250 (864) se consigna otra rebelion de los yemenitas en el mismo distrito. En la Arabia misma no habia apenas necesidad de motivos especiales para hacer levantar en armas á los beduinos: ya en tiempo de Wathik (230=845) los Benu Soleim se habian dedicado muy despreocupadamente á saquear las villas del Hedyaz, y cuando el lugarteniente de Medina marchó contra ellos con sus tropas para castigar semejante desafuero, le infligieron una derrota que fué motivo para que se unieran en seguida á los revoltosos varias tribus importantes, como los gatafan, los tesara y otros. Pronto estuvo en armas toda la Arabia septentrional y del centro, teniendo que acudir allí Boga el mayor con un ejército turco; y solo despues de sufrir mas de un fuerte descalabro, logró restablecer el órden, en parte por medio de la fuerza y en parte merced á negociaciones amistosas.

Como se ve, los combustibles que desde la caida de los omniadas se habian ido acumulando bajo la superficie del imperio y que el enérgico Mansur y los turcos de Motasim solo con bastante trabajo lograron evitar que se incendiasen amenazaban producir una conflagracion general en el primer

(1) Segun otra version, ya en 224 (839), acudillados por Scha'afar Ibn Mihirdschas, sobre cuyo fin no tenemos sino datos muy incompletos y contradictorios.

momento propicio. Bastó la desdichada impotencia gubernativa de Musta'in y sus sucesores para prenderles fuego. No produjo éste iguales efectos en todas partes. En las provincias gobernadas por enérgicos jefes militares, solo consume el lazo que hasta allí las habia unido al califato; pero en el Irak y en la misma Arabia invade toda la estructura del Estado, alcanzando tal extension que á la postre se comunica hasta á aquellas dependencias que en el primer momento debian creerse garantidas por su segregacion del ruinoso imperio, y mas de una de ellas queda igualmente convertida en cenizas. A duras penas se salva aquella parte oriental del califato que desde la época del Ma'amun parece complacerse en una tranquila é independiente existencia nacional, solo aquejada de frecuentes cambios dinásticos; pero sus territorios fronterizos son presa también de las complicaciones generales. Antes de pasar á describir éstas en toda su magnitud, haremos una sucinta relacion de su curso general.

Despues que el tahirita Mohammed Ibn Abdallah hubo gastado casi en vano sus fuerzas en la guerra civil arábigo-turca (año 250=864), empezó á decaer gradualmente la soberanía de su familia en el Este. Desde el Sedyestan hasta Kirman y Fars fué extendiendo poco á poco su poderío Ja'akub Ibn Leith, llamado *Es-Saffar*, «el calderero», fundador de la dinastía de los saffaridas (2); en el Tabaristan se sostenia desde 250 (864) el alida Hasan, y entre los territorios de uno y otro se constituyó, por aquella misma época, la casi soberanía de otra familia, la de los hijos de Abu Dolaf. Este habia sido un respetado general árabe de Harun, retirado con bastante oportunidad de la guerra civil entre Emin y Ma'amun, para que este último, despues de conseguida la victoria, le dejara vivir en paz en las posesiones que tenia en la ciudad de Karadsch y sus alrededores, en la Media, entre Hamadan é Ispahan. A fuerza de tacto y liberalidad,—valiéndole esta última las mas entusiastas alabanzas de los poetas coetáneos, alabanzas que no fueron muy del gusto del Ma'amun,—logró robustecer su influencia en aquellas comarcas, y hácia el año 250 (864) su hijo Abd El-Azis fué confirmado en el cargo de lugarteniente de la Media é Ispahan. En las guerras subsiguientes entre los saffaridas y los califas, de las cuales hemos de hablar todavía, supieron así él como luego sus hijos sostener hábilmente su posicion en medio de todo género de vicisitudes; hasta que en 284 (897), habiendo dado repetidas muestras de rebeldia, aun contra el enérgico Mótadid, Omar, el último de ellos, fué atacado vigorosamente y obligado á huir al Tabaristan. Así acabó esta pequeña dinastía, cuya aparicion es como el tipo de todas las que la siguieron. Un general capaz y despreocupado, que dispone de cierto número de tropas asalariadas, procura contraer méritos con motivo de las revueltas y guerras civiles, y consigue que se le confie una mision especial, ó acaso una lugartenencia; y tan pronto como se considera ya bastante poderoso, olvida de hacer entrega del tributo, que es lo único que, dada la independencia de los gobiernos locales, representa su subordinacion al gobierno central, y se presenta como príncipe independiente, hasta que el califa ó un concurrente mas poderoso que él le da su merecido. Así el turco Ahmed Ibn Tulun es nombrado en 254 (868) lugarteniente de Egipto; desde allí logra, en 264 (878), extender su señorío á la Siria y una parte de la Mesopotamia, y despues de robustecido el califato, en tiempo de Muwaffak, toma Mótadid á su hijo la Mesopotamia en 286 (899), lanzando contra él á los sadschidas, otra familia guerrera oriunda de aquel país. Mientras que en 292 (904-905) los tulunidas, rápidamente ve-

(2) Mas usualmente pronunciado, con poca propiedad, Soffaridas.

nidos á menos, son despojados del resto de sus dominios, los sadschidas se sostienen en el Aderbidyan, que recibieron en feudo en 276 (889-890), hasta 317 (929). En el ínterin los hamdanidas, parientes del Husein Ibn Hamdan que tan ambigua conducta habia observado á principios del reinado de Mótadid, se han encumbrado, durante la guerra con los jaridschitas, en Mosul y su comarca; en 292 (905) es transmitida oficialmente al hermano de Husein, Abu'l-Heidschá, la lugartenencia de Mosul, y desde este punto sus hijos, aprovechándose de las luchas entre los visires y emires de Mótadid y sus sucesores, logran extender poco á poco su influencia hasta la Mesopotamia y despues hasta la Siria del Norte, acabando por crearse dos reinos nada insignificantes que tienen por capitales á Mosul y Haleb. Si bien apenas llegó esta soberanía de Haleb á contar una existencia de cien años, mucho antes de la desaparicion del último hamdanida (413=1022) habia terminado ya, consiguió por méritos del célebre Seifeddaula, grande significacion para la historia del Islam, punto del cual hemos de tratar mas detalladamente. En cambio poca importancia tiene la última de estas dinastías, que en 321 (933) se constituyó de nuevo en el Egipto, conocida bajo el nombre de los ichschididas, y que perece en 358 (969) á manos de los fatimitas, ó sea de los sepultureros pseudo-alidas del Estado que fundó en otro tiempo el gran Omar.

Porque, en verdad, los alidas, tardíos pero eficaces vengadores de la injusticia que se les hizo á la caida de los omniadas, fueron los agentes de la disolucion del imperio, mas aun que la incapacidad de los califas posteriores de Bagdad, mas que los antagonismos nacionales y mas que las funestas consecuencias del régimen pretoriano. Cierta que, como tantas veces desde los tiempos de Mohtar y Mohammed Ibn El-Hanafiye, solo dieron el nombre para ello; pero en su nombre precisamente, desde la época en que el rebajamiento de los abasidas con Musta'in y sus inmediatos sucesores llegó al último grado, se hizo una propaganda peor que en los últimos tiempos de los omniadas, la cual socavó por completo los cimientos de grandes provincias y preparó explosiones cuyas consecuencias nunca mas ha podido contrarrestar el mundo islamita. Sobre todo, consumió las últimas fuerzas del Estado, que los animosos gobernantes Muwaffak, Mótadid y Muktafi habian logrado concentrar y que, sin aquella terrible hostilidad, acaso habrian bastado para devolver la salud al desquiciado organismo. Es, por lo mismo, nuestro propósito, al describir las últimas catástrofes del califato, seguir á los mas importantes de los Estados semi-independientes de que acabamos de hacer mencion, en sus crecientes aspiraciones separatistas, sin dejar de caracterizar al propio tiempo los resultados positivos obtenidos por ellos, pero apreciando ante todo la propaganda alidida, á la que creemos deber atribuir tan tremendos efectos.

CAPITULO II

EMIRES Y EMIR AL-OMARÁ

El que se propusiese escribir una exacta y minuciosa historia de los organismos políticos mas ó menos importantes que debieron su, en general, corta vida á la descomposicion del califato, tendria que llenar tomos por poco que quisiera tratar la materia con la extension que requiere. La existencia de estos Estados, basada en las cualidades personales de determinados individuos, en la violencia y el azar, es por lo general poco segura y las mas de las veces raquítica y agitada; las mismas circunstancias que facilitan la exaltacion de una dinastía, pueden á cada momento inclinar la balanza

EL ISLAMISMO

á favor de otra familia que se presente en el palenque, y acarrear su caida. Así vemos á docenas las razas soberanas de tercer órden, como la de Abu Dolaf, y á centenares las de cuarta y quinta magnitud en el extenso territorio del Islam, en el espacio de tiempo que media entre la decadencia del califato abasida y la irrupcion de los mogoles (aproximadamente 250-600=860-1200). Así como para historiar el germanismo á nadie ocurrirá la idea de exponer minuciosamente todas las vicisitudes de las familias soberanas de los príncipes de Leiningen ó de los condes de Solms, tampoco está obligado el historiador del islamismo á seguir en sus menores accidentes á todas y cada una de estas dinastías, sujetas á continuo cambio. Solo cuando en la rápida sucesion de tales apariciones pueda descubrir un punto estable, procurará explicarlo y apreciar su importancia para el desenvolvimiento del mahometismo. Ha pasado ya la época heroica del pueblo árabe, á la cual el genio de la raza, extraordinaria en medio de todo lo terrible y horroroso, habia comunicado tanto atractivo y tanta grandeza, y los actos de hombres mas pequeños no merecen que les dediquemos igual detenimiento é igual minuciosidad que á aquella. Siempre que á pesar de la creciente perversion de los tiempos se nos presenten todavía hechos de verdadera grandeza, ó de éxito duradero, tendrán tanto mas segura toda nuestra atencion cuanto que la excitará la misma rareza del caso.

Tres son las familias que durante la segunda mitad del siglo tercero y á principios del cuarto de la Egira (aproximadamente 860-960) están en mayor evidencia en la parte occidental del califato: los aglabitas en el Africa, los tulunidas en el Egipto y los hamdanidas en la Siria y en la Mesopotamia. Por mas distintas que se muestren en origen, influencia y vicisitudes, tienen las tres de comun que lograron transformar por algun tiempo importantes porciones del imperio, que ya caminaban á su disolucion, en Estados viables y librar por el momento á sus pueblos de la triste suerte de destrozarse mutuamente en que vemos sumidas, por aquella época, á las desdichadas poblaciones del centro del califato abasida. Estas tres dinastías tienen mas que todas las otras derecho á nuestra atencion, y de su historia vamos á tratar con amplitud relativamente mayor.

Dejamos al fundador de la dinastía aglabita en el punto en que, nombrado por Harun El Raschid lugarteniente de la provincia africana, reconocia debidamente la suprema soberanía de la corte de Bagdad, pero manifestando al propio tiempo con toda claridad que, si estaba muy dispuesto á acatarla en la forma, no estaba menos decidido á conservar de hecho la conquistada independencia. Este estado de cosas fué respetado por ambas partes, durante mas de un siglo, con mayor constancia y buena fe que las que podian esperarse de su misma inconsistencia. No nos consta si alguna vez se envió desde Keirowan á la capital el tributo convenido, pero sabemos que, hasta donde alcanzaba la autoridad de los aglabitas se hicieron siempre rogativas por la salud de los califas reinantes y se acuñaron las monedas con su nombre. Era tanto el respeto que se tenia en aquella apartada provincia á la autoridad del vicario del Profeta, que solo una vez, en el siglo tercero, se permitió un príncipe africano, Siyadet Allah I, el Mansur de aquella dinastía, negarse resueltamente al cumplimiento de un mandato del califa; y ciertamente que estaba en su derecho al obrar así, pues Ma'amun le habia exigido que pusiese en las monedas además del nombre del califa el de uno de sus generales (1),

(1) Segun el único dato que poseemos acerca de este punto (Fournel: *Les Berbers*, Paris, 1875, t. I, pág. 481), debió de ser Abdallah Ibn Tahir. Weil (*Historia de los Califas*, t. II, pág. 248) observa muy acertadamente que el hecho solo pudo ocurrir despues de 205 (véase además

lo que equivalía á reconocer á éste como lugarteniente general, cosa, en verdad, á que no estaba obligado Siyadet. Ma'amun debió de comprenderlo así también, pues que, según parece, desistió desde luego de su imprudente pretension. Pero cuando en el año 289 (902) los súbditos de Ibrahim II se quejaron al enérgico califa Mótadid de su tiránico gobernante, y éste, por medio de decreto de su señor soberano, recibió orden de abdicar en su hijo, no titubeó ni un momento siquiera, — él, que hasta allí no había respetado mas voluntad que la suya, — en acatar el mandato, y obediente descendió del trono (1). Por otro lado, no es difícil averiguar lo que á estas en apariencia platónicas relaciones entre los emires de Keirowan y los califas de Bagdad daba verdadero valor para ambas partes. Los primeros se encontraban, entre los bereberes al Oeste y los lugartenientes abasidas en el Egipto, como entre dos fuegos, ninguno de los cuales podían consentir que se acercara á su propia casa; pero lo mas importante era que la legitimidad de su soberanía sobre los árabes africanos no tenía mas fundamento que la investidura de manos del califa; y de las muchas insubordinaciones de sus caudillos subalternos habían deducido muy acertadamente que esta sancion del jefe supremo del Islam, que daba mayor prestigio á su autoridad á los ojos de las muchedumbres, les era de todo punto indispensable. Los abasidas, por su parte, no solo estaban así resguardados en aquella direccion contra los bereberes, en parte jaridschitas y en parte siitas, sino también, y en mayor grado aun, contra los bizantinos, cuyas fuerzas vemos divididas y á menudo retiradas de la frontera siria con motivo de las agresiones de los aglabitas en la Sicilia. Por eso se cuidaba mucho en Bagdad de que el Africa continuase en tales manos, y cuando en el año 196 (811-812) se vió Ibrahim I en grave peligro á causa de una rebelion que había tomado bastante vuelo, el lugarteniente de Egipto no vaciló en poner á su disposicion importantes sumas con las cuales pudo sobornar á individuos influyentes en el campo enemigo, produciendo divisiones que le facilitaron la represion del alzamiento.

Algunos autores han procurado presentar á los aglabitas como hombres de poco mérito, pero, á mi modo de ver, con injusticia. Dieron de sí cuanto era de esperar del poderío relativamente insignificante de que disponían. El territorio en que ejercían su autoridad solo se extendía desde Trípoli hasta cerca de lo que hoy es Argel, y toda la parte occidental de este país, mas allá de Bona, estaba ocupada por la gran tribu berberisca de los kitama, que exigía medidas especiales para ser mantenida en orden. Seguían luego las kabilas (2) de los senata con su capital Tremecen, casi todas sometidas á los edrisitas ó cuando menos aliadas de éstos, y mas allá del Atlas conservaban celosos su independencia los Benu Rostem, en Tahert, y los Benu Midrar, en Sidschilmasa. Fracasó un conato de someter á la influencia de Keirowan á los rostem, que estaban en cierto modo dentro de la jurisdiccion de los aglabitas (239=853-854), y fuerza es reconocer que con harta prudencia no se intentó repetirlo: aquellas tribus eran jaridschitas, y por mucho que escandalizara que su caudillo se atribuyese el altisonante título de califa, había que guardarse de provocar con medidas violentas su por demás susceptible fanatismo. Los Midrar, sin

la misma obra de Weil, pág. 201, nota 3). La fecha de 201 indicada por Fournel es en todo caso inexacta, caso muy excepcional en autor tan escrupuloso.

(1) Respecto á los motivos de la abdicacion de Ibrahim, véase tambien mas adelante.

(2) *Kabila* es una palabra árabe que significa tribu, aplicable así á los árabes como á los bereberes, siéndolo hoy casi exclusivamente á éstos últimos.

embargo, que á lo que parece debían principalmente su independencia á lo muy apartado de sus oasis, enclavados entre los bereberes siitas y jaridschitas, no dejaban como sunnitas de hacer rogativas por los abasidas; mas estaban por completo fuera del alcance de los lugartenientes del califa, que debían considerarse dichosos con poder contar en un punto á lo menos de aquella peligrosa region con algun pueblo amigo. Que los aglabitas frente á la mayoría berberisca se mantuvieran entonces, cuando difícilmente podían esperar auxilio eficaz del Este, mejor que sus predecesores en tiempo de los omniadas, fué obra, no solo de la suerte que les favoreció, sino tambien de su acertada política. Tuviron la fortuna de que los edrisitas no supieran aprovechar con constancia las ventajas de su excelente posicion. A parte de algunas vacilaciones pasajeras, lograron éstos durante algun tiempo consolidar y extender hábilmente su autoridad entre los bereberes del Oeste. Inútil fué que Ibrahim Ibn El-Aglab cometiese, por orden de Harun El-Raschid, la alevosia de mandar envenenar en el año 177 (793) á Edris I y asesinar sucesivamente á dos tutores del jóven Edris II; los bereberes de Auraba, Sanhadscha y otras kabilas, á cuya custodia estaba confiado este príncipe, no se dejaron ganar por medio alguno. En el año 192 (808) fundaba Edris una nueva capital para su Estado en Fez (3) y admitía en ella á 8,000 de los desterrados de Córdoba (año 198=814), como tambien á centenares de familias procedentes de Keirowan que salieron huyendo probablemente de la tiranía de Siyadet Allah I (acaso en 210=825): de este modo el alida lanzaba un reto así á los omniadas de España como á los aglabitas. Por aquella misma época (197-198=813-814) acortó las riendas, que se habían aflojado bastante en tiempo de su minoridad, á los senata de Tremecen, extendiendo así, en manera harto amenazadora, la accion de su autoridad hasta muy cerca de los dominios árabes. Pero su hijo Mohammed, que le sucedió en el trono en 213 (828), inutilizó todas estas ventajas, pues, cediendo sin duda á las corrientes particularistas que tan á menudo se hacían sentir, dividió el reino, para favorecer á sus hermanos, nada menos que en diez porciones. Como era natural, de aquí surgieron rivalidades que produjeron la rápida decadencia del poderío de la casa de Edris precisamente cuando acababa de emprender vuelo tan vigoroso y que tanto prometía. Así, cuando los senata de Tremecen, á fines del siglo III (aproximadamente 900), pretendieron obligar á los rostem de Tahert á reconocer la suprema soberanía de los alidas, estuvo ya en posicion este pequeño Estado para resistirles con éxito. En tales circunstancias los aglabitas ya no tenían tanto que temer del Oeste, y supieron aprovecharse de todos modos del favor del momento. Los primeros tiempos de su gobernacion fueron asaz perturbados. El verdadero fundador de la dinastía, Ibrahim I Ibn El-Aglab, tuvo que combatir en los once años de su reinado (184-196=800-812) cuatro peligrosas rebeliones, promovidas por indisciplinados oficiales árabes en Túnez y Trípoli (186=802, 189=805, 194-196=810-812, y otra en este último año); la del año 194 fué tan grave que el aglabita, despues de haber perdido á Keirowan, fué sitiado durante todo un año en el nuevo castillo que había mandado construir y al cual, en honor al califa, había dado el nombre de El-Abasiya, y únicamente valiéndose del soborno logró dominar á los revoltosos.

Ya Trípoli tuvo que enviar en 196 (812) bereberes asalariados, los cuales despues de cumplir su cometido se sublevaron tambien, siendo necesario solicitar el auxilio de los

(3) En realidad Faas, ó según la pronunciacion marroquí, Fez; la ortografía usual es española.

rostem de Tahert, que no accedieron á encargarse de restablecer el orden sino mediante la cesion de la comarca interior de Trípoli. Las prolongadas guerras civiles habían avezado á oficiales y soldados á todo género de rebeldías. Abu'l Abbas Abdallah (196-201=812-817), hijo de Ibrahim, se hizo odioso por sus desmedidas exacciones de tributos. A éste sucedió su hermano Siyadet Allah I (201-223=817-838), tirano sin conciencia, pero de condiciones para gobernar. Comprendió que urgía ante todo destruir la arrogante preponderancia de los oficiales superiores, y en su consecuencia, aunque hombre de indómitas pasiones, esclavo de la ira y de la intemperancia, buscó apoyo en las clases religiosas y por tanto en la masa del pueblo. Nombró primer cadí en 203 (818-819) á un discípulo del célebre jurista Malik, cuyo método tanto predicamento alcanzó en Africa y despues en España. Era un hombre notable este cadí, llamado Asad Ibn El-Furat, el cual, septuagenario ya, se encargó del mando de un ejército y siendo jurisconsulto supo conducirlo á la victoria mejor que cualquiera de los generales de profesion. Animoso como el leon, cuyo nombre llevaba (1), jamás se arredró ni ante una banda de soldados amotinados ni ante su sanguinario señor, y siempre hizo prevalecer su voluntad. El pueblo le idolatraba por su fervor religioso, su rectitud y su fuerza de carácter, y mas de una vez el temerario Siyadet Allah tuvo que ceder contra su gusto: de tal modo le dominaba la persona y el influjo del belicoso cadí. La política del aglabita de apoyarse en la ortodoxia, tuvo mejor éxito que las tentativas de igual índole hechas despues por Mutawakkil. Cierta que la crueldad y perfidia con que fué cortando la cabeza á sus generales, uno tras otro, desencadenaron al principio, desde 207 hasta 211 (822-826), una serie de rebeliones, que le obligaron tambien á él á abandonar á Keirowan, quedándose reducido á la estrecha faja de costa entre Gabes y Trípoli; pero, por último, en 212 (827), acabó por imponerse á los turbulentos árabes, y entonces dió pruebas de que sabía hacer algo mas que decapitar. Procuró mejorar la situacion del país por medio de edificaciones y abriendo caminos; pero ante todo se deshizo de los elementos peligrosos de su ejército y de los contingentes bastante numerosos que en su mismo territorio tenían las tribus berberiscas, enviándolos á continuar las guerras en Sicilia, de las cuales trataremos mas adelante. Los triunfos y el rico botin que allí se lograron contribuyeron al rápido florecimiento del Estado. Durante los reinados del hermano de Siyadet, Abu Ikal Aglab (223-226=838-841), y del hijo de éste, Abu'l Abbas Mohammed I (226-242=841-856), — muy ensalzado el primero por su benignidad y piedad y el segundo por el feliz resultado de todas sus empresas, — todo siguió prosperando, salvos algunos incidentes de poca importancia, y el hijo de Mohammed, Abu Ibrahim Ahmed (242-249=856-863), pudo continuar elevando en gran manera el estado de cultura de Africa por medio de muchas obras públicas. Su hermano, Siyadet Allah II (249-250=863-864), fué, según se refiere, un excelente príncipe; pero falleció un año apenas despues de subir al trono y con él se sepultó tambien la grandeza del Estado aglabita. El otro hermano que sucedió á éste, Abu Abdallah Mohammed II (250-261=864-875), era un mozo dado con desenfreno á los placeres, cuya mas seria ocupacion consistía en la caza de las aves acuáticas, lo que le valió el apodo de *Abu'l Garánik*, «padre de las grullas.» Mas no eran todos sus caprichos de carácter tan inofensivo, y decayó rápidamente el Estado en sus manos, causando además el hambre grandes estragos entre los habitantes en el año 260 (874). La situacion empeoró todavía durante

(1) *Asad* significa en árabe «el leon.»

el reinado de Abu Ischak Ibrahim II (261-289=875-902), hermano tambien de los anteriores, que fué un príncipe enérgico, pero extremó demasiado sus crueldades. Mientras que con la fundacion de una nueva capital, Rakkada, como á una milla al Sudoeste de Keirowan, y con muchas otras construcciones procuró restablecer el esplendor de su dinastía, labró su propia caída por medio de un crimen que fué al propio tiempo una enorme torpeza. En la gran tribu berberisca de los kitama se mantenía el orden principalmente merced á una colonia árabe establecida en Bilisma. A tanta distancia de Keirowan, esta colonia procedía con bastante independencia, no mostrándose siempre tan sumisa como fuera de desear á los mandatos del emir; y cuando en 278 (891) la indignacion general del país contra el sanguinario gobernante se desahogó en muchos alzamientos, los hombres de Bilisma fueron de los primeros en promoverlos. Ibrahim estaba harto ocupado entonces en restablecer en lo posible su autoridad en el Este, á fuerza de sangre derramada á torrentes, para que le fuera dable emprender una larga expedicion contra los de Bilisma, y así tuvo que contentarse con un arreglo amistoso en apariencia. Pero en los años siguientes logró atraer poco á poco á Rakkada á muchos de los principales personajes de aquella poblacion, y cuando en el año 280 (893-894) llegó á tener á unos mil en su capital, cayó un día de improviso con uno de sus regimientos sobre los muy confiados huéspedes y mandó degollar á todos. Así destruyó el baluarte de la dominacion árabe, que contenía á la muchedumbre de belicosos bereberes del Sab, dejando al Estado expuesto á los mayores peligros para el momento en que se les ocurriera sacudir el yugo. No debían tardar en presentarse estos peligros. Por el pronto siguió Ibrahim tiranizando á sus súbditos, hasta que éstos acudieron al califa solicitando su auxilio. Ya sabemos que Mótadid, atendiendo á estas súplicas, destituyó al malvado, el cual fué sustituido por su hijo Abu'l Abbas Abdallah (289-290=902-903). Urgente necesidad tenía el Estado de un príncipe tan capaz cual se describe á Abdallah; mas un hijo desnaturalizado, á quien en justo castigo de su perversidad había mandado encarcelar, supo desde su encierro asalariar asesinos que le dieron muerte. El último aglabita, Siyadet Allah III, pasando por encima del cadáver de su padre subió al trono, que tan poco propicio le había de ser como en otro tiempo lo había sido al abasida Muntasir. Siyadet Allah, uno de los mas atroces mónstruos que conoce la historia, era, además de péfido y cruel, sensual, aniñado é imbécil; por temor al merecido castigo mandó matar no solo á sus tíos y primos, en número de veintinueve, sino tambien á su valiente hermano Abu'l Ahwal, que con energía é inteligencia hacia frente al alzamiento de los kitama, que había estallado poco antes. Entonces rompió todos los diques el torrente berberisco, y en la noche del 25 de Schumada II de 296 (19-20 de marzo de 909) el menguado príncipe tuvo que huir de Rakkada. No pensó en empuñar la espada para defender el trono de sus antepasados, sino que se refugió en el Egipto, donde, molesto huésped de los lugartenientes abasidas, prosiguió su licenciosa vida hasta la temprana muerte, que le alcanzó en 303 (916). Ignominioso como todo su gobierno fué el fin de su reinado y de la dinastía de los aglabitas.

Ya hemos indicado que el servicio mas importante prestado por esta dinastía al Islam fué la conquista de la Sicilia. Así como en otro tiempo excitaron la codicia de los cartagineses, del mismo modo debían excitar la de los musulimes, á la sazón dueños de la costa septentrional del Africa occidental, las grandes islas que, como pilares de un puente, se alzan entre una y otra parte del mundo. Es sabido que hasta en nuestro mismo siglo los habitantes de esta region, rica en bahías y